

porque él siempre llevaba delante de sí un aposentador, que le tenía todo aparejado cumplidísimamente, y que este aposentador era el conocimiento de sí mismo, con el cual le parecía todo sobrado, aunque mas falta tuviese de las cosas necesarias.

§ III.

Además de esto, debe considerar quien pecó que ha menester á Dios para que le dé la mano y saque de su miseria, ó si ha salido, para que no permita que torne á verse en ella. Para esto no es buen medio buscar el fausto del mundo, ni las riquezas de la tierra, ni regalos de la carne, sino el ayuno, el cilicio, la humillacion y penitencia: acuérdesse que de suyo es nada, y sobre la nada ha añadido él el pecado: por ser de nada no puede nada bueno; y por haber pecado ha desobligado á quien le puede ayudar para lo bueno, y así con doblada oracion y ansias ha de clamar al Señor que le ayude. No tiene el hombre de suyo sino mentira y pecado, dos horrendos y profundísimos abismos. Imite á David que dijo que de los profundos clamaba al Señor. ¿De qué otros profundos, sino de estos dos de la nada y del pecado, que no tienen suelo, ni en ellos se puede hallar pié? Conózcase lo que es y dónde está quien una vez ofendió á su Criador, clame, ore, gima desde su nada y desde lo profundo de su miseria para que sea oido de Dios; y no es buen aparejo para quien debe pedir misericordia, y está en estado de penitencia, usar de superfluidades, ocuparse en vanidades, gustar del mundo, gozar de las criaturas, y buscar grandezas, pues aun lo que era licito usar de criaturas, considerando á la naturaleza humana con su entereza, sin la corrupcion del pecado, no conviene que ahora use el pecador, sino que se mire como reo que ofendió á la Majestad divina, y como miserable hombre.

Los filósofos, que consideraron la naturaleza, no como estaba por el pecado, sino como debia ser en sí misma, midieron las virtudes por esta regla, y así ni conocieron la virtud de la humildad, ni usaron la virtud de la penitencia: á las virtudes de la magnanimidad, constancia y magnificencia extendieron mucho tales actos de ellas, que ahora se pueden tener por viciosos algunos que los estóicos y peripatéticos calificaron por virtuosos. Pero descubierta la horribilidad del pecado y la flaqueza y miseria del hombre, se ha mudado el estado de las cosas; y la humildad ha de estar perpétuamente en nuestra alma y cuerpo, y muchos actos de otras virtudes se deben corregir. Diferentes medios hemos de escoger para alcanzar nuestro fin que escogieron los filósofos: lo uno, porque el fin es diferente; y lo otro, porque á nuestro estado conocemos ser diferente del que ellos pensaban. El fin de los filósofos solo fue natural de una bienaventuranza y felicidad de esta vida: el estado pensaban que era de la naturaleza por sí sola sin la afrenta del pecado, y tam-

bien juzgaban que tenía fuerzas propias para el bien: en todo esto se engañaron, y así no es mucho que enseñasen algunos medios para conseguir su fin distintos de los que debe usar un cristiano, pues conoce que su fin último no es natural sino sobrenatural; que no es de esta vida, sino de la otra; que su estado no es de la naturaleza entera y sana, sino corrompida y deshonrada con el pecado; que de suyo no tiene fuerzas ni eficacia para ejecutar cosa buena, si no se las dan de gracia y misericordia: y así con esta variacion y diferencia no es maravilla que el cristiano que se conoce lo que es de suyo haya de usar de medios y virtudes que no conocieron los filósofos, y que tuvieron por vicios; porque no es mucho que tuviesen algunos actos virtuosos por vicio, pues muchos actos que tuvieron por virtud no fueron sino vicios. Aristóteles, el príncipe de la filosofia natural y moral, no conoció por virtudes á la humildad, ni á la pobreza, ni á la penitencia; antes á esta última la condenó por insensibilidad, y uno de los vicios contrarios á la templanza. Tambien los estóicos tuvieron por vicio á la misericordia. Pero despues del Evangelio de Cristo son estas las virtudes mas encomendadas y necesarias, y han de ser los medios de que mas hemos de usar para conseguir nuestro fin; y todo el desprecio de lo temporal consiste en aquellas tres virtudes que no conoció Aristóteles, porque no se conoció á sí mismo: por la humildad se desprecian las honras, por la pobreza las riquezas, por la penitencia los regalos; y así quien quisiere hallar provechoso uso de lo temporal y alcanzar lo eterno conózcase á sí mismo, y como pecador humillese y haga penitencia, y no cuide de allegar riquezas aunque las tuviese por bienes, pues se ha de tener por indigno de todo bien; pero ellas suelen estar tan léjos de hacer bien, que á innumerables han cerrado las puertas de los bienes eternos, á lo cuales solamente hemos de aspirar confiados, no en nuestras fuerzas, sino en la misericordia divina y sangre de Jesucristo.

CAPÍTULO III.

La estimacion de los bienes eternos que se nos persuade con la encarnacion del Hijo de Dios.

Sobre todo lo dicho nos muestran una incomparable diferencia entre lo temporal y eterno la encarnacion y pasion de Jesucristo, pues el conseguir lo eterno es de tan gran momento que por esta causa encarnó el Hijo de Dios; y que despreciásemos lo temporal es de tan grande importancia, que por eso fue menester que padeciese y muriese nuestro Redentor. No sé yo con qué se puede hacer concepto mayor de la grandeza de lo uno y de la vileza de lo otro que con estos extremos que hizo Dios; y así, aunque brevemente, dirémos algo de ellos: y empezando por la admirable y estupenda obra de la Encarnacion, gran cosa

es lo eterno, pues porque no lo perdiésemos obró Dios tal exceso, é hizo tal demostracion, que pasmó á los Ángeles. En lo cual consideraremos cuatro cosas: la grandeza de la obra, el modo con que se ejecutó, los males de que por ella fuimos libres, y los bienes que con ella ganamos. Para decir algo de lo primero, que es la grandeza de la obra, se ha de suponer el estado en que estaba el linaje humano, que era el mas miserable, infame, abominable, afrentoso y desesperado que se podia imaginar; porque estaba cautivo del demonio, deshonrado con el pecado, condenado á pena eterna, enemigo de Dios y sin esperanza de remedio, que ni aun los mas altos Serafines alcanzaban ser posible que, salva la justicia divina, saliese el hombre de aquel miserabilísimo y afrentosísimo estado; porque aunque todos los hombres del mundo padeciesen mil muertes, y todos los coros de los Ángeles buenos se ofreciesen en sacrificios, y padeciesen los tormentos del infierno, no dieran bastante satisfaccion por solo un pecado mortal: de suerte que remedio criado era imposible; aunque hiciera Dios de nuevo mas excelentes y santas criaturas que los mas altos Serafines, no hubiera en todas juntas una que pudiese aplacar á la justicia divina airada contra el hombre, ni todas juntas bastaran. Pues ¿qué remedio donde no le habia? ¿qué esperanza podia haber donde estaba todo desesperado? Por cierto de lo criado era imposible, y del Criador no se conocia posible: y aunque se conociese serlo, ¿quién habia de esperar que diese satisfaccion del agravio el mismo que estaba agraviado, y que el acreedor pagase la deuda que habia de pagar el deudor? ¿Qué esperanza, pues, habia de remedio donde se desesperaba todo remedio, que ni de la tierra ni del cielo se esperaba? Obra dificultosísima era el remedio del hombre, pues por alguna criatura no se podia dar, y por el Criador no se sabia que se pudiese dar: un solo remedio que habia estaba escondido á solo Dios, que sin menoscabo de su misericordia le podia encubrir, y ese muy á costa del mismo Dios, y la mayor obra que pudo hacer su omnipotencia, donde se echaba el resto de todo su poder y saber; pero ¿quién tal pensara que obra tan grande habia de emplear por su enemigo, y que se habia de echar el resto de la omnipotencia por aquel que le fue traidor á su señor? Solo habia este medio de hacerse Dios hombre, la obra mas grande y estupenda que es posible ni imaginable. Pero ¿quién creyera que esa se habia de hacer por una criatura tan vil, y que tan poco le importaba á Dios como el hombre, compuesto de un poco de tierra? Obra era esa que se pudiera reservar para cuando al mismo Dios le fuese su divinidad, ó la salvacion y la vida, si ser pudiese (sea lícito hablar así para explicar lo que es inexplicable, y dar á entender este misterio inefable y bondad incomprendible). Pero por la vida de un traidor, por la salvacion de un fementido, por dar la gloria á un enemigo, ¿quién tal esperara ni se atreviera á imaginar? Si el hombre por volver por la honra de Dios, y siéndole fidelísimo ami-

go, se hubiera arriesgado y puesto en el estado miserable en que estaba, pudiese presumir que Dios de agradecido echara el resto por librarlo; pero que habiendo quitado la honra á Dios, y queriendo igualarse á él, y despreciándole, Dios se humille por él, y se deshaga hasta hacerse hombre por el hombre su enemigo, ¿quién tal pensara? Pues esta es la bondad de Dios, que vence con sus beneficios á nuestras esperanzas, é hizo por nosotros lo que por sí solo bastara, y por sí no pudiera hacer mas. ¡Oh estupendo amor de Dios! ¡oh inmensa caridad del Criador, que llegó á amar tanto al hombre, que no reparó en hacer cuanto pudo por él! ¡Oh inefable bondad, que quiso pagar lo que debia su enemigo! ¡Oh nobleza divina, que á toda costa suya quiso hacer bien á quien hizo contra él tanto mal! ¡Oh rara resolución del Criador de querer encarnar por el hombre que le fue traidor, sin reparar en cosa! Redimir al hombre su enemigo, sin costarle nada, aun fuera mucho; mas siendo á tan gran costa suya, ¿quién tal imaginara? Pero son los pensamientos de Dios muy diversos de los pensamientos de los hombres.

§ II.

Veamos ahora la grandeza de esta obra, la cual es de muchas maneras grande; porque fue humillándose Dios, y así muy á costa suya, y porque en sí es obra tan grande, que es lo sumo que pudo hacer la omnipotencia divina, aqui es donde se agotaron los atributos divinos; porque, como dice san Agustin, ni Dios pudo hacer obra mayor, ni supo determinarla mejor. Aqui se halló el fondo de toda la omnipotencia de Dios, porque no es posible ni imaginable obra que pudiese ser mayor; porque así como no es posible cosa mayor que Dios, así tambien no es posible obra mayor que aquella por la cual el hombre es Dios. Mira lo que debes por esto, que siendo tú enemigo suyo, hizo por tí cuanto pudo su omnipotencia, y cuanto supo su sabiduría, y cuanto pudo su bondad y amor. Todos sus atributos empleó el Criador para tu bien; emplea tú todas tus potencias en su servicio. Dios hizo cuanto pudo por tí; haz tú cuanto puedas por Dios. Dios obró la obra de tu redencion con todas sus fuerzas y omnipotencia; tú obra tambien con todas tus fuerzas su gusto y voluntad divina, amándole y sirviéndole en todo. ¿No ves aquí delante de los ojos patente y manifiesta su infinita bondad, y descubierto su amor? ¿Qué dudas en amar con todas tus fuerzas y potencias al que te amó con toda su omnipotencia? ¡Mira qué amor! pues por su enemigo hizo lo que, si fuera su amigo, no pudiera hacer mas, ni aun por sí mismo, si en ello le fuera su gloria. ¿No ves claramente su infinita bondad, pues venció á tan infinita maldad, no permitiendo que el hombre hubiese hecho contra Dios obra de tan estupenda malicia que no hiciese Dios por el mismo hombre otra obra de mas estupenda bondad, no queriendo darse por vencida su bondad divina de la

maldad humana? Vió Dios que el hombre hizo una obra tan mala, que en género de mal no era posible peor, porque no hay cosa peor que un pecado mortal; y así determinó su bondad hacer una obra tan buena, que en género de bueno no sea posible mejor, y esto por tí, maldito. ¿Qué dices á esto? ¿Qué dices á tal exceso de bondad, á tal extremo de amor? Oye lo que dice el Apóstol (1): *Si tuviere hambre tu enemigo, dale de comer; si tuviere sed, dale de beber; porque haciendo esto amontonarás ascuas de fuego sobre su cabeza: no quieras ser vencido de lo malo, sino vence al mal con el bien.* Esto cumplió con gran exceso tu Criador contigo, aunque eras su enemigo. Date, pues, por vencido, y sálgante colores al rostro de que no le amas mas que los Ángeles. No era tu estado de sola necesidad de hambre y sed, sino de eterna miseria y falta de todo bien, de privacion de la gloria y carencia de los bienes eternos. Si el dar el agraviado un pedazo de pan ó un jarro de agua á su enemigo estando necesitado basta para sacarle los colores al rostro, y son brasas que le encenderán en su caridad y amor, el haber Dios comunicado su divinidad al hombre, el haber dado su vida por él siéndole enemigo, ¿cómo no basta para echarnos en vergüenza, y sacarnos los colores al rostro, y abrasarnos en su amor? Estos beneficios tan grandes no son brasas, sino incendios que te habian de encender para que le amases con fuego de verdadero amor y caridad. Date por vencido, ama tal bondad, que siendo tú el mas malo de las criaturas, hizo por tu bien la obra mas buena de su omnipotencia. Date por vencido de su bondad; pues esta obra de infinita bondad ha vencido la obra de infinita maldad que hizo el hombre. ¡Oh nobleza de Dios! ¡oh divino pundonor! Hablemos así: habia vencido el hombre con su malicia á toda otra obra mala y buena, mas no quiso consentir la inmensa bondad que hubiese obra mayor, aun en género de mal, que Dios no hiciese por la salvacion del hombre fementido en género de bien. ¿Por qué, Señor, no hicisteis esta obra cuando pecó el Ángel, que era mejor que el hombre? ¿Qué bondad es la vuestra, que esperásteis á que pecara la mas vil criatura? Para que se mostrara mas grande vuestra obra aguardásteis á que echase el hombre el resto de todo atrevimiento y malicia, para que Vos echáseis el resto de vuestra misericordia y bondad. ¿Quién no ve aquí, Señor, la infinidad de vuestro amor, la inmensidad de vuestra bondad?

De todas maneras está pregonando obra tan buena á vuestra infinita bondad, porque es de todas maneras infinitamente buena, y por otras tantas puertas nos abre el conocimiento del alma, para que os adoremos por infinitamente bueno, y nos pasmemos de que seais tan inmensamente bueno, porque esta obra no es solo infinitamente buena por su sus-

(1) Ad Rom. xii. Si esurierit inimicus tuus, ciba illum; si sitit, potum da illi; hoc enim faciens, carbones ignis congeres super caput ejus; noli vinci à malo, sed vince in bono malum.

tancia, sino por todas sus circunstancias. Es infinitamente buena por lo que es en sí, pues no puede haber obra mas buena que la que llegó á hacer al hombre tan bueno, que le hizo Dios: además de esto, es buena por comunicarse en ella la divinidad á una criatura, y mas á la mas vil é ínfima de las que son capaces de razon; porque como es propio de la bondad el comunicarse, aquí se ve la infinita bondad de Dios, pues toda cuanta es salió de sí y se comunicó al hombre. ¿Á quién no asombra que la divinidad que el Padre eterno comunicó al Verbo eterno, que es Dios como él, esa misma divinidad con un modo admirable se haya comunicado á la naturaleza humana con ser enemiga suya? ¡Oh piélago de bondad, que así os derramásteis por hacer bien, sin reparar á quién! ¡Qué mar de bondad que así inunda de bienes hasta sus propios enemigos! Es tambien infinitamente buena esta obra, por ser tal, que con su bondad venció á toda malicia, aunque sea infinita, por librar al que fue tan malo, que merecia infinito tiempo pena. Es infinitamente buena, porque nos muestra á Dios con infinita gana de perdonar y de hacer bien, aun al mas traidor y que menos lo merecia: muéstranosle tambien tan infinitamente bueno y perfecto en toda virtud y perfeccion, que por no faltar un punto á su justicia quiso tomar sobre sí lo que debía un injusto y maldito malhechor, y humillarse y morir, porque un condenado á muerte eterna no pereciese; porque no sé qué haya ni pueda haber otra cosa en que se muestre cuán exacto, cabal y perfecto es Dios en toda virtud, que en esta obra de tanta misericordia y de tanta justicia. ¿Á quién no espantara la bondad, santidad y ejecucion de un sumo emperador que, teniendo grande gana de perdonar á un traidor, por no faltar un punto á su justicia inflexible, él se vistiese el mismo hábito del traidor, y tomase su figura, para que le ajusticiasen á él públicamente en una plaza, para que no fuese ajusticiado y muerto el alevoso, sino que quedase vivo? ¿Á quién no pasmara la suma justicia y santidad de este príncipe, y por otra parte su misericordia y bondad? Suma exaccion y santidad infinita mostró aquí Dios, vistiéndose la forma de sirvo, haciéndose hombre para ser ajusticiado en lugar del hombre, para que el hombre viviese. ¡Oh Dios de todas maneras infinitamente perfecto y bueno, pues tan escrupuloso se mostró en no faltar á su justicia, y tan ancho y liberal en usar de clemencia, siendo riguroso consigo, por ser misericordioso con nosotros! ¡Oh Dios infinitamente santo, infinitamente bueno, infinitamente exacto y perfecto en todo. Alábenos los Ángeles por todas vuestras perfecciones, pues son todas tan infinitamente buenas y cabales.

§ III.

Allégase á esto el modo tan bueno con que se hizo obra de tantas maneras buena, con qué amor se obró y deseó nuestro bien; porque ¿có-

mo pudo salir obra de tanta bondad sino de un volcan de amor que ardia en el pecho divino? Porque si por el efecto se conoce la causa, amor que así hizo resolverse Dios á obrar una firmeza tan nueva y extraña no pudo ser sino inmenso. Porque, pues, la obra fue infinita en bondad, no pudo dejar de proceder de infinidad de amor, ni este amor infinito pudo tenerle otro que un ser infinitamente bueno. Además de esto, fue grande prerogativa y honra del género humano que se quisiese hacer Dios hombre antes que Ángel, pudiendo librar al hombre sin ser hombre; porque con solo hacerse Ángel pudiera redimir á los hombres y honrar á los Ángeles, y comunicara su infinita bondad á las criaturas, é hiciera una obra de infinita dignacion y bondad: con todo esto, fue tan fino con el hombre y tan amador nuestro, que no solo en redimirnos, sino en el modo de redimirnos, quiso hacer todo extremo; así no solo quiso redimir al hombre, sino que esto fuese por un hombre: por eso se quiso hacer el mismo Dios hombre y no Ángel, para que no solo quedase el hombre redimido, sino tambien honrado. Fuera de esto, nos obliga mucho que no solo quiso honrar á los hombres mas que á los Ángeles con hacerse hombre, pero quiso redimir á los hombres y no á los Ángeles. Esta es una gran fineza y demostracion con nuestra naturaleza, que haya sido en esto preferida á la angélica; y que no perdonando Dios á los Ángeles, con ser mejores y mas sublimes naturalezas, haya hecho tanto por perdonar á los hombres. Añádese á esto que cuando pecó el hombre y se perdió el género humano, no quedó ningun hombre justo que se compadeciese de él, y rogase por su remedio; pero cuando pecaron los Ángeles quedaron otros Ángeles que se lastimarian de los de su naturaleza, y sentirian su pérdida: con todo esto quiso hacer este favor á los hombres y no á los Ángeles. El tiempo tambien de la ejecucion de obra tan misericordiosa no muestra poco las finezas de Dios con nuestro linaje; porque fue cuando el mundo estaba mas olvidado de Dios, y trataban los hombres de hacerse adorar por dioses; y los que no podian esto adoraban por dioses á tales hombres que eran peores que demonios; y entonces trataba Dios de hacerse hombre por el hombre que se queria hacer dios. Este fue amor, que mientras mas ofendido fue mas bienhechor y fino.

Pero veamos qué bienes nos hizo con obra tan buena. Por cierto que aunque no nos hiciera bien alguno bastaba el librarnos de los males en que estábamos, pues nos libró por ella de la ignominia del pecado, del cautiverio del demonio y de la horribilidad del infierno: males son estos que sin otro bien se puede tener por sumo bien el estar libres de ellos. Pero aunque no hubiera males de que librarnos, ni bienes que darnos, sola la honra de tener á Dios de nuestra naturaleza era un bien incomparable; pero juntándose á esta honra los males tan tremendos y desesperados de que somos por ella libres, ¿qué dicha ha sido la nuestra vernos sacados de tanta infelicidad, y vernos honrados con tanta gran-

deza? Escribe Justino que viendo Alejandro Magno que estaba herido en la cabeza Lisímaco, y que le corria mucha sangre de la herida, se quitó él propio la diadema de la cabeza, y la puso en la de Lisímaco para restañar la sangre. Este fue un grande favor en querer curar un príncipe tan poderoso á un hombre particular, y en el modo de curarle, quitándose él de sus sienes la insignia de su majestad, y dándosela á su vasallo; pero esto fue de prestado, y fue no habiendo agraviado Lisímaco á Alejandro, y siendo el mismo Alejandro el que causó la herida; y así no hizo mucho en curarla. Pero que la herida mortal del pecado que se hizo el mismo Dios, honrando tanto al hombre, que la diadema de su cabeza, esto es, su misma divinidad, haya comunicado al hombre para nunca quitársela, ¿qué bondad es esta que tal favor quiso hacer á su enemigo, honrándole con tanta dicha, cuando le libró de tanta miseria?

Mas si sobre esto se añaden los bienes que nos ganó Jesucristo, dándonos su gracia, ensalzándonos á ser hijos de Dios, y haciéndonos herederos del cielo, ¿cuán inmensamente crecen nuestras obligaciones por tal beneficio? Pues sobre ser libres de tantos males somos enriquecidos con tantos bienes, y sobre ser redimidos de tantos daños y beneficiados con tantos provechos, somos honrados con tales finezas de Dios, que usó con nuestra naturaleza y no con la angélica. Todo es maravilloso, todo es grande, todo es sumo lo que hay en este sumo beneficio; porque la obra en sí es suma, el modo y amor con que se ejecutó es sumo, los males de que nos libró son eternos, y los bienes que nos granjeó son tambien los eternos, cuya grandeza, aunque no se pudiera conocer por otra cosa, se puede echar de ver bastantemente, pues para librarnos de tantos males y darnos tales bienes fue necesario que el Eterno se hiciese temporal, y que se ejecutase obra tan estupenda y rara, y de tan grande costa suya.

CAPÍTULO IV.

La vileza de los bienes temporales se echa de ver por la pasion y muerte de Jesucristo.

La grandeza de las cosas eternas, así de los males como de los bienes, nos lo muestra con claridad mayor que los rayos del sol la obra de la encarnacion, pues, como hemos dicho, fue necesaria para librarnos de los unos y conseguir los otros; porque no pueden dejar de ser cosas grandisimas, por las cuales hizo Dios cosa tan grande y mostró tanta estimacion, que no juzgó por mal empleo el de toda su omnipotencia para que consiguiésemos lo eterno. Pero nada nos persuade tanto la vileza de las cosas temporales, y desprecio que de ellas debemos hacer, como la pasion y muerte del Hijo de Dios, que fue otra obra de amor, otra fine-